

EL MAL ARGENTINO

VICTOR MASSUH

FUENTE: MASSUH, V. "La Argentina como sentimiento", Sudamericana, Buenos Aires, 1983.

Al poco tiempo de llegar a París en 1976, apareció un libro de Alain Peyrefitte *Le mal français*. Este libro tuvo una difusión resonante por la novedad de su enfoque: intentaba un análisis del mal mayor de los franceses, el pecado original de su país. El enfoque de Peyrefitte no resultaba tan novedoso para un argentino (o latinoamericano) acostumbrado a la introspección obsesiva y la indagación insistente de un presunto mal nacional. Tema de ensayo, mesas redondas, obras literarias o sociológicas, *le mal argentin* es la pasión analítica de mis compatriotas. Pero pensar en sí mismos, buscar la propia identidad equivale, casi siempre, a culminar en un diagnóstico sombrío.

En nuestro país el tema no queda en un recinto académico sino que se desparrama por las calles, se instala en las mesas de café, en las reuniones de amigos, el escritorio del abogado, el político o el periodista. Es el único punto donde los argentinos nos unimos para discrepar con fuerza. En cuanto una conversación se orienta con libertad, de inmediato aflora a la superficie la tinta negra de un panorama adverso en casi todos los órdenes: la política, la cultura, el periodismo, las fuerzas armadas, la universidad, la economía. Responde al modo de ser de los argentinos. Si la conversación se desliza por líneas de atonía y aburrimiento pero bruscamente levanta su temperatura, es que ha entrado en la arena otra vez el país y todos los presentes tienen listas las banderillas del diagnóstico corrosivo.

Yo mismo participé algunas veces en este rito macabro, en esta enumeración de males argentinos de los cuales nadie nunca se consideraba individualmente responsable. Me sorprendía que por momentos ninguno se sentía tocado: es como si se tratara de un país distante que no tenía que ver con la piel de los presentes. La cirugía se efectuaba con fría asepsia sobre un cuerpo ajeno. Las intervenciones, por lo general, se caracterizaban por una notable sutileza, una gran penetración. Concluida alguna reunión, luego de la despedida, yo no podía dejar de pensar en el extraño signo de la inteligencia argentina acostumbrada a ejercitar sus armas y afinar la puntería, justamente contra las entrañas del propio país. Pensé que se trataba casi de una forma del odio. Pero no, era más bien un acto de amor intoxicado, descompuesto, turbio, trabajado por la desesperación. Era un modo de matar al país por la dificultad de amarlo, por la angustia de sentirlo siempre extraño pese a la necesidad de hallar en él la protección de un hogar. Se trataba sin duda de una pasión enfermiza. Y no podía dejar de pensar, por añadidura, en lo difícil que resultaría gobernar una comunidad que ha desarrollado una aptitud refinada para la corrosión de las formas elementales de la fe, aun aquellas que son indispensables para vivir. ¿Una inteligencia que aprendió a hacerse fuerte en la disyunción, tendrá el mismo poder de lucidez en el campo de la conjunción? En las páginas que siguen enumeraré, a modo de ejemplo, algunos de los "males" que reaparecen con mayor frecuencia en cualquier ejercicio de autorreflexión sobre la realidad argentina. Trataré de presentarlos bajo la forma de una discusión imaginaria, sin restarle el tono encarnizado y morbosamente autodestructivo que muchas veces acompaña a la denuncia de cada uno de ellos. Luego procuraré, naturalmente, una evaluación de estos enfoques puntualizando algunas insuficiencias.

Hay una denuncia que se prolonga desde los comienzos. El "mal" argentino es el *desierto*, la distancia, el vacío, la extensión despoblada. "El mal que aqueja a la República Argentina —decía Sarmiento en *Facundo*— es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas." He aquí un signo negativo que precede a la presencia humana. Es casi la dimensión metafísica del mal, una culpa originaria que no hará sino dar un marco de fatalidad a aquellos males que luego surgirán por la acción de los hombres. La primera culpa la hemos dirigido contra la naturaleza; la primera bendición la esperábamos de la multiplicación de nuestras poblaciones.

No, dirán otros: el "mal" argentino es la *población* misma, viene del indígena y del colonizador español. Ellos son la cifra de la barbarie, la condena a la inactualidad, al retraso absoluto en el reloj de la civilización. No hay remedio: no entramos en la Modernidad o lo hicimos demasiado tarde. El aborigen no tenía una cultura desarrollada (como ocurrió en otras partes del Continente) ni se incorporó a una cultura superior. El colonizador, por otra parte, vivió un doble desajuste histórico: si en España vivió la experiencia histórica de la Contrarreforma aquí, en tierra de Indias, protagonizó la

Antimodernidad. Si en la Península el español se aisló de Europa, aquí continuó por tres siglos la experiencia medieval. Fue doblemente extemporáneo. En suma, no había modo de recuperar el tiempo perdido: muy entrada la Modernidad, nosotros seguíamos en la Edad Media. Para acceder al ritmo de la civilización fue preciso llevar a cabo la Independencia. Teníamos que liberarnos de España para europeizarnos.

No, el "mal" no fue el indígena ni el español —señalarán otros— sino la *Colonia*, la institución de la monarquía en nuestras tierras. El culpable es un sistema de gobierno a distancia, el desconocimiento del país real encorsetado por reglamentaciones, curas, virreyes y funcionarios. Es la imposición de un orden abstracto llevada a cabo, paradójicamente, por un pueblo familiarizado con el orden de la pasión. Es el sistema imperial asumido por unos cruzados anárquicos e individualistas. La práctica de la jerarquía y la verticalidad aparece regulada no por una norma sino por la santa voluntad personal. Aquí está el origen de nuestros males: el gobierno a distancia, el poder central separado del país real, un sistema extraño que se superpone al orden espontáneo de la vida aldeana, el voluntarismo de la "real gana" decidiendo por encima de toda norma, el individualismo anárquico, un reglamentarismo intrincado que se elabora a espaldas de toda realidad y cuya función verdadera es impedir su libertad y crecimiento.

Otro interlocutor dirá que el "mal" no es la Colonia, permanentemente tergiversada por prejuicios ideológicos, sino la *europaización*. Porque no se puede hacer "tabla rasa" con todo lo existente, calificarlo de "barbarie" y proponer el trasplante de formas europeas y hábitos de importación. No se puede crear un país con las raíces no en la tierra sino en el aire de las ideas de moda francesas o inglesas. Es cierto que estas ideas eran la "civilización" y su prestigio enorme. Europa era la proa del mundo. Civilizar era transplantar, adaptar, imitar. Los modelos estaban allí afuera y sólo había que seguirlos. Y así empezó la carrera: asimilar a toda hora los productos culturales de importación, estar al día, conocer varias lenguas, traducir incesantemente, recibir visitantes mediocres como si fueran semidioses de la cultura (asombrarlos con nuestro conocimiento de sus obras y de los autores de sus países que ellos mismos desconocían). Fuimos el país más "poroso" de la tierra. Contábamos con representantes vernáculos de todas las corrientes literarias, científicas, plásticas, filosóficas, políticas de Occidente. Nos esforzábamos en identificarnos con el modelo francés, inglés o luego yanqui. Cuando ya estábamos por alcanzarlo, el modelo cambiaba de fisonomía, conforme a un dinamismo interior para el cual nosotros nada contábamos, y de nuevo quedábamos rezagados. Y cuando Occidente entró en crisis y él mismo empezó a dudar de sus valores, nosotros salimos a la palestra para defender su "espíritu" y sus valores eternos, ante la indignación de los propios occidentales por meternos en sus asuntos.

Aquí está el origen del "mal" argentino: crecimos avergonzados de nuestros orígenes y educados en el ocultamiento. Quisimos esconder el pasado indígena y colonial, ocultar nuestra lengua, nuestra creencia religiosa, idólatras del modelo distante, avergonzados de nosotros mismos y del prójimo. Incluso cuando en una calle de París, Londres o Nueva York oímos hablar nuestra lengua y descubrimos su entonación, bajamos la voz y volvemos la cara para no ser reconocidos por el argentino que pasa a nuestro lado. He aquí el mal: un complejo de menorvalía, un incesante don para la imitación, la falta de coraje para la espontaneidad y el acto libre, la obsesión de la identidad que no se tiene, el temor al ridículo, a que descubran que un gesto no nos salió bien, que el modelo no haya sido bien reproducido. Somos europeos a medias, más europeístas que europeos, eufóricos anfitriones de cualquier nombre resonante venido de afuera. A veces somos rencorosos con el país y con el creador vernáculo porque éste usurpa un rol destinado sólo al modelo.

El "mal" no es la europaización —arguye un tercero—, sino la naturaleza de nuestro *catolicismo*. El que vino a nuestras tierras y echó raíces se forjó en tres escuelas sucesivas: la Reconquista española, la Conquista de América y la Contrarreforma. Fue una religión militante tardíamente animada por el espíritu de las Cruzadas y que se plasmó en la lucha contra los "infieles". Este es el estereotipo que reprodujo siempre: *infieles* fueron las ideas del humanismo renacentista, el racionalismo, el idealismo kantiano, la Ilustración, el hegelianismo, la Revolución Francesa, el marxismo, el socialismo, el positivismo, en fin, todas las ideas que se situaban fuera de la línea divisoria de la ortodoxia. Fue una religión de la espada más que de la Cruz, del sacrificador más que del autosacrificio. Su pasión fue

inquisitorial, creyó más en el castigo que en el perdón, en la conversión y no en la persuasión, en el dogma más que en el Verbo. De allí su temor a la sospechosa razón, eterna contradictora de la fe. Este catolicismo apenas fue rozado por el estallido del Humanismo del siglo XVIII, ese maestro de la tolerancia y de la conciencia democrática. Aquí están las raíces del mal argentino; de ellas vienen la intolerancia que nos aqueja hasta la parálisis, el espíritu de la prohibición, el encarnizamiento de la censura, la acusación de agnóstico o ateo a todo aquél que no participa de la ortodoxia. De allí la crueldad beligerante que descargamos contra nuestros adversarios, nuestra incapacidad para discutir y discrepar, nuestra falta de hábitos para confrontar ideas opuestas y convivir con ellas. Queremos arrasar con nuestros oponentes, convertir la discusión en un campo de batalla, un duelo, una hoguera, una forma del exterminio purificador.

El "mal" argentino es el *laicismo* —replican— y no la tradición católica. La tiranía liberal impuso una educación laica a un pueblo católico, desvirtuó su esencia, sus raíces culturales. Operó la primera gran distorsión del espíritu argentino. Lo volvió indiferente a la fe, a los valores absolutos, lo hizo perder el sentido de lo sagrado. Y cuando la fe en una realidad divina se debilita y retrae, entonces el lugar dejado vacante es llenado no por el ateísmo sino por la idolatría profana, no por el descreimiento sino por una fe de rango inferior. Es preciso entender que la religión responde a una necesidad tan acuciante como la sed o el hambre. El ser humano necesita de este encuentro con una realidad pura, incontaminada, absolutamente valiosa. Cuando este alimento no viene de una gran tradición, entonces proliferan los productos irrisorios, las divinidades bastardas, los fervores de un minuto, metas profanas que se presentan como absolutas.

Aquí está el origen del mal argentino: la tendencia a convertir la política en una religión vernácula, al líder popular en un dios folklórico. El mal es la facilidad con que pasamos de la admiración a la idolatría, del dirigente común al carismático, del fervor saludable a la entrega incondicional. Somos generosos en extremo con valores relativos y circunstanciales porque les destinamos un espacio religioso desempleado, una energía preciosa digna de mejor causa. La malgastamos porque se halla a la deriva, fuera de cauces precisos y tradicionales que una larga educación laica se empeñó en erosionar. La indiferencia a la religión estimula el surgimiento de supercherías, la aparición de salvadores de toda laya, mesianismos grotescos, agoreros, sectas, falsos cultos, incluso el peor de todos ellos: el del hombre providencial.

No, el "mal" argentino —afirmarán otros— es la *intromisión de las Fuerzas Armadas en la política*. Ellas no siguieron la tradición sanmartiniana, la liberación de los pueblos hermanos de América. Se formaron en una tradición distinta: la que intervino en la Guerra del Paraguay o la Campaña al Desierto. No la lucha contra el opresor extranjero sino contra el hermano de otra raza o el vecino americano. Aquí inician una carrera de intervención interna que se prolongó a lo largo de sucesivas revoluciones, golpes de estado y gobiernos "de facto".

Su profesionalismo las encerró en sí mismas, las alejó de la civilidad. Cuando intervienen en la vida civil no es para confundirse con la población sino para superponerse a ella, como planos que no se tocan: uno encima del otro. Intervienen en la vida política para abortar procesos que estaban en "curso eventual de descomposición: justo cuando el organismo social había creado sus anticuerpos. Su signo fue siempre la interrupción, el tajo que corta una secuencia lineal y dramática de la vida comunitaria. Este es el mal argentino. No aprendemos la lección de la democracia porque no damos tiempo a que se cumpla la ley de todo aprendizaje: el camino de la prueba y el error. Con frecuencia las Fuerzas Armadas impidieron que la ciudadanía sufriera las consecuencias de sus errores como una sanción saludable y correctiva, no dejaron que el organismo social generase sus defensas espontáneas; una y otra vez la brusca entrada de los antibióticos, las cirugías de emergencia. ¿Cómo podrán las fuerzas cívicas fortalecerse en el ejercicio de la democracia si pesa sobre ellas la amenaza de que el aprendizaje sea interrumpido? Así como el artista aspira a la Belleza y el filósofo a la Verdad, el político aspira al Poder. ¿Cómo podrían ellos vivir una honesta formación si no se les permite experimentar todas las peripecias de esta aspiración? No se puede decir al político estudie, organícese, perfecciónese, pero *no aspire al poder*. Como no se diría al filósofo o al artista prepárense, hagan toda clase de estudios introductorios, pero no busquen *todavía* la verdad o la belleza. Cuando la meta ha sido vedada entonces falta el estímulo mayor, sobreviene la inactividad y finalmente la atrofia del órgano no empleado.

Pues bien, la intervención militar en la vida civil, aunque sea de emergencia y quirúrgica, interrumpe la formación de una élite política esclarecida, congela su desarrollo, la desalienta y deriva hacia otros campos. Y cuando esta *clase* política se mueve con pasos torpes e inseguros, de nuevo intervienen las Fuerzas Armadas para salvar a la civilidad de sus malos políticos. La acción de la tutoría militar es un escollo de la madurez política de los argentinos.

No faltan quienes sostienen que el "mal" argentino son precisamente *los partidos políticos* y no los golpes de estado de las Fuerzas Armadas. Ellas intervienen para cubrir la ineptia y la irresponsabilidad de partidos viciados de demagogia, arcaísmo, ficción nominalista, falta de doctrina. Y aquél que debería representar el costado del equilibrio conservador brilla por su ausencia. Ninguno tiene un lenguaje claro, o bien todos hablan el impuesto por las circunstancias. El virus populista-verticalista de unos, la esclerosis de otros, la falta de modernidad de los demás, llevaron al país a un callejón sin salida; allí lo dejaron tirado a la espera de que alguien se hiciera cargo de él. No son partidos de orientación ni de educación ciudadana. En el plano externo juegan a la democracia, en el interno a la conspiración facciosa. No creen demasiado en sí mismos.

Esta falta de compromiso radical con la democracia se alimenta, también, con la indiferencia del electorado argentino que, por lo general, acepta con alivio la anulación de un resultado electoral. Esta es la dura verdad: somos una comunidad impaciente que se cansa pronto de sus gobernantes. Preferimos que un gobierno finalice ahora mismo por la acción de la espada y no más tarde por cumplimiento de su ciclo. Creemos más en el acto fundador de una proclama que en el de las urnas: la interrupción de un mandato concuerda más con nuestro sentido dramático de la vida política. Es excitante para quienes han hecho de ella un espectáculo más que un compromiso. Además las urnas tienen algo de incierto y exigen de nosotros una participación responsable. Es demasiado.

El mentado círculo de hierro de gobiernos civiles débiles y militares fuertes, está fijado en el comportamiento y en las expectativas de los argentinos. Este círculo es ya una costumbre colectiva, tiene más fuerza que una ley. Actúa más allá de la voluntad tanto de militares como de partidos políticos. Responde a cierta naturaleza argentina que alía el desdén por la participación política con la impaciencia. Este es el mal argentino: una comunidad que desdeña ocuparse de la cosa pública, pero que también se cansa de los que gobiernan en su nombre. Unos partidos no creen en sí mismos ni en su destino trascendente, otros no educan ni orientan, los terceros se constituyen no en torno de una doctrina sino de un sentimiento o de una voluntad caudillesca —carismática o paternalista—. Porque a fin de cuentas son los ejes de una democracia de ficción, los partidos políticos han impedido que se pensara en una democracia real y se ensayaran otros caminos y experiencias por los que ella pudiera transitar de modo estable y prolongado.

El "mal" argentino —se denunciará-, es la *oligarquía*, el gran poder inmutable en medio de los sucesivos cambios y transformaciones del país. Se pasará de la Argentina caudillesca a la rosista, y de esta a la Organización Nacional, se pasará por la Campaña del Desierto y vendrán los ferrocarriles y los capitales extranjeros, vendrá la oleada de la inmigración, se constituirá la clase media, irrumpirá la industrialización; pero el poder sin rostro de los propietarios de la tierra y del ganado será la única estructura inamovible en este mar de contingencias que es la vida argentina. ¿Cuál es la composición de este poder indefinido, esta sociedad secreta denunciada por radicales, peronistas, desarrollistas y socialistas? Una mezcla de tradición, tierras cultivables, apellidos patricios, ganado vacuno, frigoríficos, hombres públicos, privilegios, y alianza con intereses, extranjeros, integran esta secta poderosa que maneja desde las sombras y a través de generaciones los hilos de la frustración argentina. Ella es el mal, hizo de nuestro país un hijo deforme, un lujo para señoritos, un vientre vacuno, una fuente productora de granos. Traer de afuera todo el resto: los productos manufacturados, las máquinas, los adornos, los libros, las ideas. Lo ideal sería importarlo todo, hasta el idioma. El español debería ser destinado para uso doméstico, para la comunicación con la servidumbre y con esa multitud que viene del extranjero, llena los puertos, los barrios de Buenos Aires y contamina el interior del país.

El "mal" argentino —contestan algunos— no es la oligarquía sino la *industrialización deficiente* del país. Se hizo a los tumbos, empezando por lo menos urgente, descuidando las infraestructuras. La nuestra es una industria de altos costos, sobreprotegida con créditos oficiales, exenciones impositivas y barreras aduaneras, sin fuerzas para enfrentar el mercado internacional. Está condenada a la

subvención directa o indirecta del Estado y, finalmente, sostenida por la producción agrícola y ganadera. El campo paga los platos rotos de la aventura industrial. Su desarrollo se hizo siguiendo el imperativo de modelos en boga pero extraños a nuestra índole y estructura.

Este es el mal, el hueso que quedó atragantado en la vida económica del país y nos impide respirar. No podemos salir a la luz del mundo porque no podemos enfrentar la competencia. Nos desangramos por la acción de una espina que entró muy hondo en la carne del país y es ya difícilmente extirpable. La industrialización no se hizo siguiendo las líneas estables de la tradición agrícolaganadera, ni son sus élites las que se prolongaron en el mundo de la industria. Se produjo una superposición, una ruptura. Ella derivó de una mentalidad hedonista y desarraigada, buscadora del rápido éxito. Su marca de origen es la clase media. La prisa del enriquecimiento, la falta de madurez y la improvisación, dieron su fisonomía a la actividad empresaria. Generamos gigantes con pies de barro cuyo peso soporta toda la comunidad argentina.

No faltará quien sostenga que el "mal" argentino no es la oligarquía sino la *inmigración*. No fuimos selectivos: esperábamos residentes de pelo rubio, tez blanca, ojos azules y hábitos industriuosos, pero vinieron los marginados de la tierra. Italianos, gallegos, turcos, polacos que llenaban las bodegas de los barcos, mercancía humana barata, perseguidos, hambrientos, ignorantes de todo. Trajeron sus miserias, sus deseos de riqueza, sus resentimientos, y estaban dispuestos a cobrarse su revancha de la vida, quemar etapas y acceder aceleradamente y de cualquier modo al festín de la vida.

No trajeron la cultura del país de origen —pocos eran cultos—, más bien querían olvidar lo que habían aprendido para arraigar más rápidamente en el nuevo suelo, levantar una tienda ocasional, construir una casa de paso y levantarla en el momento oportuno para volver con el magro botín a la patria distante. Pero aquí se quedaron trapeados por sus hijos que nada sabían del mundo paterno, pero sin arraigar todavía en el mundo nuevo. Los hijos: aves de paso mas huidizas y aéreas que los padres, sin raíces en la sangre —que había venido dispuesta a olvidarlo todo—, ni en la cultura del país nuevo aún sin densidad cultural y que se estaba haciendo a los tumbos. He aquí el mundo del desarraigo, el "mal" argentino por excelencia. De él nacen el culto a la madre como originaria búsqueda de protección y arraigo; la nostalgia de una patria de la sangre perdida en una lejanía oscuramente presentida; la falta de sentimiento de pertenencia o, a la inversa, su exageración (los nacionalistas extremistas se reclutaron con frecuencia entre los hijos de inmigrantes); el sentimiento de encono contra el país (una prolongación agresiva de la decepción de los mayores); la sensación de vacío que quiere ser colmada mediante cualquier impostación emocional patética: apego exagerado no sólo a la madre sino a la novia, al barrio, al tango, a los hijos, al juego de azar, al amigo: verdaderas tablas de náufrago.

No, el "mal" argentino —se agregará— es la *clase media*, resultado social del encuentro entre la inmigración europea y la riqueza potencial de un país. El hombre de clase media ha perdido la laboriosidad pujante del inmigrante y su capacidad para enfrentar las carencias. Asumió, en cambio, la insolencia de quien se siente con derecho, adquirido, no se sabe en virtud de qué méritos, a exigir satisfacciones y privilegios. De allí su disponibilidad para el consumo y el dispendio que sobrepasan siempre a los propios recursos; de allí la certeza oscura de que alguien siempre pagará los gastos. Trabajaron mucho los mayores, pero él rinde culto a la facilidad, es hedonista. Cuando su deseo no es satisfecho siente una indignación moral, es la víctima de una injusticia. Es descreído en política, no confía en su propio esfuerzo, es más bien fatalista y triste, apasionado por raptos. Hay momentos fugaces en que es capaz de jugarse del todo. Tiene mentalidad de indigente en medio de la abundancia, de náufrago y no se sabe por qué, de perdedor nato: enfrenta las angustias comiendo, expresa sus alegrías comiendo, vive al día, no tiene forma: pasa sin transición de la cortesía almibarada a la procacidad, del trato considerado a la desconsideración, del usteo al voseo, de la admiración idólatra a la decepción aguda. Incluso siente cierta complacencia cuando un personaje admirado lo decepciona con alguna falla real o ficticia. "Tenía que ser" subraya, y de este modo da satisfacción a un fácil descorazonamiento, a un pesimismo esencial que no le impide ser sacudido por ráfagas ocasionales de un optimismo excesivo y pasajero.

Otra línea de reflexión subrayará que el "mal" argentino no radica en la clase media: cala más hondo en el comportamiento colectivo y su expresión plena es el *populismo*. Ese es el mal verdadero: el

poder de seducción generado por un caudillo y la pequeña oligarquía de manipuladores que lo rodea. Todos ellos trabajan sobre los peores contenidos anímicos y morales, sobre las tendencias malignas del alma argentina. De este modo el populismo constituye una clase dirigente integrada por raros especímenes de la marginalidad, una élite sombría y depurada mediante una cuidadosa selección invertida: el malandra, el marginal, el financista improvisado y tortuoso, la bailarina mediocre de salones nocturnos, la actriz fracasada, el intérprete de oráculos, el mago que hace de su cerrazón mental una forma de poder oculto, el gestor omnipotente conocedor de atajos que evitan los caminos normales, el intelectual resentido, el militar atraído por el brillo de una carrera vertiginosa, el sindicalista corrupto, el patrón cómplice, el profesional sin talento pero ambicioso, el hambriento de nombradla a cualquier precio, el padrino de cualquier forma de poder clandestino, el pícaro ocupando el lugar del inteligente, el simple subido al poder mediante el toque milagroso de un azar semidivino, el fabricante de espectáculos de una viscosa sensiblería, etc. En fin, la venerable élite de la *sancta mediocritas* entra en acción, pone las manos sobre la sencillez del pueblo, comienza a manipularlo, elimina sus formas nobles hasta convertirlo en un barro espeso, una multitud exaltada que sólo asiente y de la que se excluyen cuidadosamente aquellos argentinos que despiertan el celo del líder: el hombre de personalidad, la inteligencia libre.

He aquí el "mal": a partir de la antidocencia populista, la Argentina se acostumbró a prescindir de la inteligencia. Desdeñó al hombre libre como sospechoso de ambición, vio en la personalidad autónoma una forma de la egolatría, hizo de la obsecuencia una virtud. Se acostumbró a considerar que el número y no la calidad constituía la verdadera fuerza del argentino.

¿Por qué no pensar —se preguntan otros— que el "mal" argentino no radica en su historia ni en ninguno de sus eventos, sino en el modo en que sistemáticamente quisimos desconocerla? Esto llevó a una persistente *deformación del pasado*, a la existencia de una historiografía poco atendida a la verdad histórica. Más que los hechos nos importa la visión de la patria que queremos defender mediante el acomodamiento intencionado de tales hechos. El "voluntarismo" argentino hizo estragos en la política, pero más en la historiografía. No importan los hechos sino cómo *yo quiero* que hayan sido, con vistas a la militancia que-ejerzo en el presente o la visión que poseo del futuro. Una historiografía al servicio de algo más grande o más pequeño que la sencilla verdad histórica.

Durante décadas los argentinos hemos tenido una historia interesada, maniquea, edificante, condicionada por la necesidad de mantener un culto familiar que con frecuencia se identificaba con el de la patria. Este poder de la invención sobre el relato, de la ideología actual sobre el acontecimiento de ayer, esta forma de asumir la historia como arma de combate es el mal argentino. Lo es porque generó a través de las generaciones una falta de confiabilidad en el conocimiento del pasado, acrecentó nuestra inseguridad, convirtió nuestra identidad en un tembladeral caprichoso, una fuente de angustia, fomentó el descreimiento, minó la necesaria confianza en los valores ejemplares y convirtió al hombre de estas tierras en un personaje hamletiano que se pregunta obsesivamente por la verdad de su pasado, lo revisa una y otra vez sin atinar a transformarlo en una fuerza que lo ayude a vivir. Porque no se trata de detenerlo en una versión definitiva, lo cual es imposible, sino de circunscribirlo dentro de los límites de una controversia razonable de modo que se pueda convivir con él. Es necesario ahorrarse al presente histórico esta sangría suplementaria.

La réplica también adquiere este tono: el "mal" no es la deformación histórica sino estructural del país: *Buenos Aires es la "Cabeza de Goliath"*. Esta deformación monstruosa condena al resto del cuerpo al raquitismo. Esta ciudad extendida y sin carácter, tocada por la anomia de la hipertrofia multitudinaria, crece y se multiplica al azar de la debilidad de los otros puntos de resistencia. El organismo entero se debilita. La gran cabeza desdibuja las fronteras del país porque nos ha obligado a identificarlas con las líneas de su propio contorno. No existen la Patagonia, ni el Noroeste, ni la Mesopotamia, ni las provincias cuyanas: el núcleo portuario ha deglutido el aparato del Estado y lo puso a su servicio. Este es el mal congénito y lo pasamos en silencio en razón de su excesiva evidencia. Desde Buenos Aires no se puede gobernar el país: la marea humana de diez millones de personas con el cerco fabril concentrado en su perímetro urbano, impiden abrazar en su conjunto el horizonte de la patria. El inmenso poder de esta ciudad convierte al Estado en su prisionero.

No, el "mal" argentino es... Y así se suceden los diagnósticos globales. Las voces chocan entre sí y se

vuelven confusas. En la larga discusión argentina que se prolonga por décadas, estimulada por un creciente sentimiento de frustración colectiva, nada ni nadie quedó al margen del enjuiciamiento negativo. Ni la responsabilidad de los intelectuales (tan espontáneamente elitistas e indiferentes al país real), ni los dirigentes sindicales (apresados en el Lecho de Procusto de la subordinación a un movimiento político), ni el periodismo (sometido a la autocensura y al confortable pretexto de la objetividad informativa). Nadie quedó sin ser tocado; todos, a su turno, tenían la culpa de *le mal argentino*. El diagnóstico global en la Argentina hace estragos y hasta se advierte en su ejercicio una suerte de delectación. ¿Búsqueda de una salida luego de haber tocado fondo o mero ritual enfermizo de la esterilidad y la autodestrucción?